

**artemisaediciones/clásica·6**

h e r m a n  
m e l v i l l e  
l a s e n c a n t a d a s  
o · i s l a s  
e n c a n t a d a s  
traducción · de · ana **lima**  
prólogo · de · francisco **león**  
artemisa ediciones / clásica

las galápagos: viaje a la leyenda página 7  
cuadro **primer** página 27  
cuadro **segundo** página 37  
cuadro **tercer** página 45  
cuadro **cuarto** página 55  
cuadro **quinto** página 67  
cuadro **sexto** página 73  
cuadro **séptimo** página 81  
cuadro **octavo** página 91  
cuadro **noveno** página 111  
cuadro **décimo** página 125

título original: the **encantadas** o **enchanted** isles (1856)  
colección dirigida por francisco **león** y maría **sanfiel**  
diseño gráfico: maría **montes de oca**  
© de la traducción: ana **lima**  
© del prólogo: francisco **león**  
© de esta edición: **artemisa ediciones** 2006 calle san agustín 61  
la **laguna** 38201 santa cruz de **tenerife** 922255413  
info@artemisaediciones.com [www.artemisaediciones.com](http://www.artemisaediciones.com)

**las galápagos: viaje a la leyenda**

Tal vez una brumosa mañana de 1535 —no sabemos qué mes ni qué día—, la goleta en la que navegaba Fray Tomás de Berlanga sufrió un contratiempo que cambiaría la vida de muchos hombres. Puede que Berlanga se encontrara acodado en la borda de aquel barco, admirando las plateadas lloviznas del océano inmenso, recordando su tierra natal del Duero cuando, de pronto, se percató de que una intensa corriente soplabla del Este. Dominada por aquel misterioso influjo, la goleta se escoró, alejándose cada vez más de la seguridad del continente y penetrando en una superficie neblinosa y sin fin. En muy pocas horas el capitán aceptaría el infortunio: estaban perdidos en medio de un océano terrible y desconocido. Se habían desviado tanto hacia el oeste del Pacífico que, casi con total seguridad, eran los primeros hombres civilizados que alcanzaban tales latitudes. Sin embargo, la suerte no había sido completamente adversa al fraile Berlanga: encaramado en su mástil, un marinero bienaventurado gritó: «¡Tierra!». Habían avistado el archipiélago más enigmático de la faz de la Tierra, al que ningún hombre había llegado, unas islas que, desde aquella jornada, serían conocidas como las Galápagos.

Es probable que Berlanga y sus amigos desembarcaran en aquellas islas con el fin de aprovisionarse de agua y víveres y, de paso, explorar los alrededores, iniciando de ese modo una doble tradición en la historia de las Galápagos: la del más nefasto expolio y la de la más alta fascinación. No tardarían en marcharse de allí, finalmente, bautizándolas al modo de la época, es decir, tomándolas como tierras españolas y dándoles el nombre que los caparazones de las tortugas monstruosas que allí tuvieron ocasión de admirar habían sugerido en sus mentes: la silla de montar española para mujeres.

Más de trescientos años después de aquella mañana lluviosa, es decir, entre los años 1841 y 1843, un joven norteamericano llamado Herman Melville experimentó a sus veintitrés años la misma sensación de estupor que Fray Tomás de Berlanga al aparecerse ante sus ojos los lomos negros y quemados de las yermas montañas, los caparazones con forma de galápagos de las tortugas y el lomo dentado de las iguanas. Ninguno de los hombres de la fragata de la Marina norteamericana con los que viajaba Melville aquel día —y acaso el propio Melville, quién transcribe «galápagos» como *galipagos*— había trabado conocimiento de la fantástica peripecia del fraile español<sup>1</sup>, de manera que la aventura que dio origen al nombre de las Galápagos —o *Islas de los Galápagos*, como las denominó en sus papeles el flamenco Ortelius en homenaje libresco al español— se diluyó en el tiempo, quedando consignada únicamente en viejas cartas de navegación y, acaso, en algún cuaderno de viaje. Para el joven Melville, lo mismo que para todos los marinos, aventureros, balleneros, forajidos y viejos piratas —si es que alguno quedaba para entonces—, aquellas islas remotas, perdidas en los extremos de los mares océanos, eran, pese a ello, mucho más conocidas por todos como las Islas Encantadas, y sus nombres españoles desechados en favor de los otorgados por el pirata e historiador inglés Ambrose Cowley.

Durante mucho tiempo después del descubrimiento de Berlanga, entre los siglos XVII y XVIII, escasos fueron los na-

víos que osaron alejarse de las costas suramericanas del Pacífico rumbo al Oeste. Los primeros, y casi únicos, desde luego, fueron los piratas, bucaneros y corsarios que, organizados en no pocas ocasiones en favor de los intereses de la corona de Inglaterra, abordaban todo el oro español que se aventurara por aquellas regiones. Todo pirata vivo en aquellas latitudes sabía que desafiando las prevenciones marinas y las supersticiones culturales de los capitanes de la Corona Española, pues estos preferían bordear el continente por temor a perecer con sus galeones en los abismos diabólicos del mar interior, hallaría unas islas fantásticas y solitarias en las que ocultarse. Las súbitas neblinas que envolvían sus picos y arrecifes, las lluvias pertinaces del trópico, las corrientes cambiantes, los calores infernales, la leyenda de que en sus costas, abruptas y laberínticas, se ocultaban pérfidos demonios, las voces de los marineros que en las sentinas describían con verdadero detalle la existencia de animales que ni el mismo Dios, en un rapto de locura, hubiera creado, todo ello, rodeó al archipiélago de las Galápagos de un halo de misterio tan impenetrable que, en efecto, durante largo tiempo, las islas eran más comúnmente conocidas por el nombre —mucho más literario, desde luego— de las Islas Encantadas.

Herman Melville nació el 1 de agosto de 1819, en el seno de una familia acomodada de Nueva York que muy pronto, con la muerte del padre, entraría en una decadencia absoluta. Fue éste el hecho que obligó al joven Melville a abandonar sus estudios, probar suerte en varios oficios temporales y enrolarse al fin en un barco que, en 1837, zarpó hacia los lejanos puertos de Liverpool, en Inglaterra. Es probable que fuera allí, en cualquier taberna portuaria, entre vasos de ron antillano y pintas de cerveza, donde Melville oyera hablar por primera vez de las riquezas que se escondían en las Indias Occidentales y las aventuras que a los hombres más intrépidos deparaban los míticos Mares del Sur. Si exceptuamos el período en que, de regreso a su país, trabajó como profesor en una escuela, puede afirmarse que fue a partir de ese momento cuando dio

<sup>1</sup> Es cierto que Melville jamás supo de la existencia de Fray Tomás de Berlanga ni de que fue éste el primer hombre occidental que pisó aquellas tierras. En el cuadro primero de *Las Encantadas*, Melville señala la supuesta existencia de dos archipiélagos encantados distintos, «distanciados por unas cien leguas», hecho que se confirma en muchas cartas de navegación de la época. Por otro lado, Melville es de la equivocada opinión de que el primer descubridor de Las Encantadas fue el piloto español Juan Fernández (cuadro cuarto). Éste, en un intento de salvar las calmas chichas y las corrientes contrarias que comúnmente se encontraban los marinos durante las rutas más comunes a lo largo de la costa occidental del continente americano, navegó océano adentro buscando corrientes más favorables. De esa manera, a unos 1.000 kilómetros de la costa, encontró las Galápagos.

comienzo la leyenda del Melville marino y ballenero. Participante activo en la vida literaria de Boston y Nueva York, Melville fue siempre tenido por el escritor americano de modales rudos y fina inteligencia, el intelectual cincelado por inquietantes aventuras a lo largo de los mares de medio mundo, el novelista curtido en los viajes extremos, en la vida marinera y en las experiencias más radicales. No es sólo una anécdota el modo en que su experiencia vital, en toda su crudeza, se filtra en el torrente linfático de su escritura, en la acción formal de sus frases y en la narración de los acontecimientos novelescos. En este sentido, Cesare Pavese ha escrito que Herman Melville vivió primero las aventuras reales, lo primitivo, que fue bárbaro antes y que entró a continuación en el mundo del pensamiento y la cultura, trayéndonos la salud y el equilibrio adquiridos en la vida vivida. Sus primeras travesías por los Mares del Sur tuvieron lugar a bordo del ballenero *Acushnet*. Melville recaló más tarde en las Marquesas; vivió una temporada entre caníbales, de los cuales tuvo que huir en un mercante australiano; fue preso más tarde en Papeete, la actual Tahití; acto seguido lo hallamos en Honolulu, donde al parecer se ganó la vida como jornalero, emprendiendo, desde allí, el definitivo regreso a su país, en un navío de guerra estadounidense. La leyenda de Melville se sustenta, por lo tanto, en poco más de dos años de singladuras y estancias en mares y países remotos. Así pues, en 1844, quizá ya exhausto, prácticamente sin dinero y bien aprovisionado de recuerdos delirantes, Melville se entrega por completo a la tarea de escribir novelas, cuentos y artículos.

Su estrategia literaria surte efecto y, en no más de cinco años, escribe cuatro extensas novelas de aventuras marineras basadas en sus impresionantes experiencias por los Mares del Sur y su primer viaje a Liverpool: *Typee*, *Omoo*, *Mardi* y *Redburn*. Se trata de novelas —fijémonos bien— que superan todas y cada una las trescientas páginas en letra apretada. *Omoo*, por ejemplo, publicada en 1847 y, al igual que *Typee*, ambientada en las islas Marquesas, supera las cuatrocientas cincuenta páginas. A pesar

de su extensión física y del escaso tiempo que dedicó Melville a la elaboración de esta tetralogía, el éxito de críticas y de ventas no se hizo esperar y, en poco tiempo, alcanzó gran renombre en el mundo literario norteamericano. Melville, un hombre sin apenas estudios, había logrado pulsar las teclas como hasta entonces nadie lo había hecho: «sólo conozco a dos escritores —llegó a decir Robert Luis Stevenson— que hayan tratado los Mares del Sur con cierta fortuna, y ambos son norteamericanos: Melville y Charles Warren». Y sin dudarle un solo segundo, Stevenson se inclina por el genial Melville: «el primero y el mejor». La fastuosidad casi monstruosa de su experiencia, de su *vida vivida* —como lo expresó Pavese— sobre la misma línea desde la cual se vislumbra el intricado juego de la muerte y la supervivencia, el nudo insoluble del Mal y del Bien, de lo humano y lo inhumano, impregnan de una u otra forma cada una de las páginas de sus obras, desde *Typee* hasta *Las Encantadas*, pasando, naturalmente, por su obra magna: *Moby Dick*. Melville escribía con vigor y a buen ritmo, y no se detenía demasiado en correcciones: su único propósito consistía en la creación de un mundo fuerte, luminoso y denso. El resultado es una nueva manera de narrar, violenta en lo formal y directa en sus ideas, desgarrada como las manos de un marino, desorbitada como los ojos que se enfrentan a la visión de un fantasma y, sin embargo, de gran agudeza lírica y enorme perspicacia lingüística al tratar los materiales narrativos.

Melville arribó a las Galápagos hacia 1843, o por lo menos, nunca más allá de ese año. En cualquier caso, nuestro escritor conoció Las Encantadas precisamente en la época en que aquellas islas comenzarían a perder todo su encanto natural y salvaje. Si dos siglos antes, a lo largo del período colonial, las trece islas y cuarenta y dos islotes de Las Encantadas fueron refugio de malhechores famosos como los piratas Davis, Cook, Wajer, Dampier, Cowley o Eaton, entre 1780 y 1860, pasaron a convertirse en el destino de centenares de crueles balleneros, la mayoría ingleses y norteamericanos, que apostaban sus barcos durante meses en las serenas bahías de las Galápagos con el fin de dar caza al

mayor número posible de ballenas, focas y tortugas<sup>2</sup>. A pesar de que en 1832 Ecuador tomó posesión legal de las Islas, arrebatándoselas definitivamente a la Corona española, el gobierno norteamericano siguió considerando el archipiélago *res nullius*, es decir, «una tierra de nadie» en medio del Pacífico sobre la que cada cual podía ejercer su influencia, en este caso, comercial<sup>3</sup>. Y así siguieron las cosas durante muchos decenios. En el trance de todas estas vicisitudes mercantiles y pugnas territoriales se produjo el desembarco del viajero más ilustre que hasta entonces había visitado las Islas: Charles Darwin, que permaneció en las Galápagos unos meses del año 1835. Las observaciones del naturalista inglés en aquellas latitudes desencadenaron la mayor de las revoluciones ideológicas y científicas del mundo occidental de la época: el evolucionismo de *El origen de las especies*.

No resulta completamente lógico que al relatar sus caminatas por sus queridas *Gallípagos*, Melville no dedicara ni una sola línea de su relato a consignar la visita de Darwin. Se podría justificar su olvido si pensáramos que redactó *Las Encantadas* sobre el terreno, tranquilamente sentado en alguno de los viejos troncos piratas que encontró en sus paseos por la isla de Barrington, bajo la sombra de algún arbusto achaparrado, esto es, hacia 1843 o antes, tiempo en que las doctrinas de Darwin no se habían difundido aún, ni

<sup>2</sup> Se calcula que cuando Fray Tomás de Berlanga encontró por azar las Galápagos, en 1535, existía en ellas medio millón de tortugas gigantes. Tan sólo a principios de 1900 el número de ejemplares se había reducido a 250 mil. En el deterioro medioambiental de las Islas, se han perdido multitud de animales y plantas autóctonos.

<sup>3</sup> Proclamada la independencia de Ecuador en 1822, las Islas quedaron como territorio *res nullius*. Al disolverse la Gran Colombia en 1830, Ecuador tomó posesión de las Islas el 12 de febrero de 1832, denominándolo Archipiélago del Ecuador, soberanía que reconoció España en un tratado de paz firmado en Madrid, el 16 de febrero de 1840. Incorporado el Archipiélago a la República del Ecuador en 1832, el General José Villamil fue nombrado Gobernador General del Archipiélago. A pesar de que las Galápagos pertenecen oficialmente a Ecuador desde esa temprana fecha, Melville equivoca el dato durante la narración, otorgando las Islas a la jurisdicción de Perú.

mucho menos habían sido aceptadas, lo que no ocurrió hasta casi cuarenta años más tarde. Pero no fue así. Melville redactó *Las Encantadas* o *Las Islas Encantadas*<sup>4</sup> sentado confortablemente en su casa de Pittsfield, Massachussets, durante los meses de marzo, abril y mayo de 1854, es decir, aproximadamente once años después de haberse internado por los escoriales de lava y las playas de negra arena volcánica de las Galápagos. Aún así, el viaje de Charles Darwin o no era conocido en la época o carecía por completo de importancia para Melville, como puede apreciarse por sus palabras: «hagamos constar que sólo hay tres testigos oculares que merezca la pena consignar por su vínculo con las Islas Encantadas: Cowley, el Bucanero (1684); Colnet, el cazador de ballenas (1789); Porter, el capitán de navío (1813). Además de lo señalado, sólo hay alusiones insignificantes y de escasa utilidad aportadas por algunos viajeros de paso o por ciertos compiladores»<sup>5</sup>.

Los diez capítulos que constituyen *Las Encantadas* fueron publicados ese mismo año en la revista neoyorquina *Putnam's Monthly Magazine* bajo el sorprendente nombre de Salvador R. Tarnmoor. Es muy probable que Melville —y el uso del pseudónimo lo confirmaría— acometiera la escritura de estos *cuadros*, tal y como el propio escritor los califica, como una serie de relatos de viaje sin muchas intenciones, y redactados por encargo, algo muy común en la época. Lo cierto es que el escritor se olvidó de Darwin y de sus cultas apreciaciones científicas —o simplemente lo consideró literato de *alusiones insignificantes y de escasa utilidad*— para dar paso a la memoria exacta y vívida de lo que allí contempló, sintió y le fue narrado por otros marineros y conocidos. Naturalmente, la fascinación de Melville por el mito de los viejos piratas, de forma especial por el pirata y escritor Ambrose Cowley, cuyas travesías por las Galápagos, descritas por él mismo y publicadas en *Un relato corto de mi viaje*, resultan de

<sup>4</sup> Éste fue el título definitivo que Melville dio a su relato, *The Encantadas or Enchanted Isles*, usando directamente el vocablo español «encantadas».

<sup>5</sup> Final del cuadro quinto.